

STEPHEN LAWHEAD

Camino a Jerusalén

Las cruzadas celtas



EL año 1095, el papa Urbano II declara la guerra al infiel.

Reyes, príncipes y nobles de toda Europa alzan la cruz y se unen con entusiasmo a la Cruzada para recuperar Jerusalén.

Así es como la fiebre por defender la verdadera fe llega hasta los confines de Escocia, en las remotas islas Orcadas, donde al padre y los hermanos de Murdo Ranulfson les son confiscadas sus posesiones por la pérfida conspiración de un rey codicioso y un clérigo corrupto, Murdo comprende que ha llegado la hora de iniciar su propio peregrinaje.

Con la esperanza de encontrar a su padre y recuperar sus bienes, emprende un viaje épico que lo lleva al corazón del mundo civilizado, donde el emperador Alejo y los señores de Occidente están enzarzados en una batalla de herencias y sucesiones que amenazan la supervivencia del Sacro Imperio Romano. Inmerso en un mundo donde la ambición y la brutalidad alcanzan límites inimaginables, Murdo encuentra finalmente al hombre que busca y obtiene la reliquia que, según su creencia, deberá guiar su vida y la de sus descendientes durante cientos de años.

Índice de contenido

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

TERCERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

CUARTA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

EPÍLOGO

Sobre el autor

A la memoria de mi padre,
Robert E. Lawhead

PRIMERA PARTE

6 de enero de 1899
Edimburgo, Escocia

Mi nombre carece de importancia.

Solo diré que hace tres noches alcancé el séptimo grado de la iniciación. Debido a ello, ahora soy miembro del Templo Secreto y, por consiguiente, tengo conocimiento de los enigmas que voy a revelar.

Que nadie crea ni por un momento que es mi intención traicionar la confianza que se ha depositado en mí. Moriría con gusto antes que poner en peligro a la hermandad o su obra. Lo que sucede es que mucho de lo que expondré aquí ya es conocido. Cualquier lector inteligente, con un poco de interés y una biblioteca medianamente decente puede acceder a ello con paciencia y perseverancia. El resto, sin embargo, es inaccesible, a no ser que se disponga de los medios con los que yo he contado. Dichos medios, así como los conocimientos que de ellos se derivan, son un arcano que excede lo verosímil.

En realidad, de no encontrarme ahora entre los pocos elegidos, yo mismo no lo creería ni, por supuesto, escribiría sobre ello. En cuanto a esto último, ya lo he postergado durante demasiado tiempo. Ha llegado el momento de ordenar la confusión de mi mente y las extraordinarias, mejor dicho, las fantásticas experiencias de los últimos días. Tal vez escribiéndolas consiga convencerme de que

no estoy loco. Los hechos que revelaré han sucedido, que nadie lo dude.

He aquí, pues, mi historia.

La llamada fue como de costumbre: un solo golpe en la puerta de mi despacho y una nota sin sello ni firma, ni mensaje, salvo dos únicas palabras: «Esta noche». De más está decir que pasé el resto del día cancelando mis diversos compromisos y, a la hora indicada, me dirigí al lugar de la cita. Espero que se me perdone que no divulgue la ubicación exacta de nuestro lugar de reunión. Baste decir que se trata de una iglesia sencilla, a escasa distancia de la ciudad, a la que se llega con facilidad en un coche de alquiler. Como de costumbre, le pagué al cochero por sus molestias, le di instrucciones para que volviera a recogerme y recorrí los últimos dos o tres kilómetros a pie. Igual que los demás miembros de la hermandad, cada vez elijo una ruta y un cochero distintos para no despertar curiosidad o sospechas no deseadas.

Aunque la iglesia, construida en una discreta piedra gris y amueblada en un estilo apropiadamente convencional, no aparenta ser gran cosa, os aseguro que es muy antigua y en modo alguno común. Cuando entré, antes de coger mi hábito gris del perchero de la sacristía, me detuve a rezar en uno de los bancos de la nave; luego bajé por la escalera que hay oculta detrás del altar hasta la cripta, donde solemos celebrar nuestras reuniones más secretas.

La sala es de techo bajo y huele a polvo y a deterioro. Es oscura. Nos arreglamos con la luz de unas pocas velas. No sentía ningún temor; pues ya había participado en muchas reuniones similares de la hermandad desde hacía varios años y estaba habituado a los diversos ritos y ceremonias de nuestro grupo. Normalmente, era uno de los primeros en llegar, pero esa noche, cuando me agaché casi hasta el suelo para poder entrar en la pequeña sala, advertí que ya había otros esperándome. Me excusé por llegar tarde, pero Genotti —debo consignar aquí que todos

los nombres citados en esta narración han sido alterados para proteger el anonimato de los miembros de la hermandad— me tranquilizó diciéndome que no había llegado con retraso, sino que la reunión de esa noche era especial.

—Comenzamos esta reunión ayer por la noche —me explicó—. Tu presencia no era necesaria hasta ahora.

—Entiendo.

Entonces habló otro de los presentes.

—Tengo entendido que has sido un fiel miembro del Consejo de los Hermanos durante seis años. —Se trataba de Evans, nuestro número dos, o segundo rector—. A lo largo de todo ese tiempo te hemos venido observando, intentando descubrir en ti la más mínima falta, por pequeña que fuera.

—Espero no haberos decepcionado.

—Al contrario. Nos has impresionado en gran manera. Nuestra admiración por ti no ha hecho sino crecer.

Una tercera persona intervino desde las sombras.

—Muchos han sido llamados a la hermandad antes que tú. —Reconocí su voz. Era Kutch; su acento austríaco es inconfundible—. Sin embargo, nadie ha demostrado ser merecedor de un honor superior... hasta ahora.

A la mención de la palabra «honor» sentí un escalofrío. Dicha palabra había sido utilizada en mi presencia solo una vez con anterioridad, en una ocasión similar: la noche en la que me invitaron a unirme a la hermandad.

—No sabía que existía un honor superior —repuse.

—El martirio era un honor —me informó Zaccaria, con calma— para aquellos que lo abrazaron.

—¿He de ser un mártir?

Fue De Cardou quien me respondió.

—Todos somos mártires, amigo mío. Es solo la causa lo que distingue a uno de otro.

No supe qué decir, de manera que el silencio se prolongó. Tuve la sensación de que me estaban observando,

de que podían verme en la semioscuridad, aunque yo no podía verlos a ellos.

Fue Pemberton quien finalmente habló, cosa que me sorprendió, pues yo esperaba oír a uno de los otros, tal vez a Evans, o a De Cardou. Pero no. Entonces supe que el discreto Pemberton era nuestro superior, nuestro primer rector.

—Si estás dispuesto a sufrir el martirio, como lo hemos sufrido nosotros antes que tú —me dijo con voz queda—, no tienes más que dar un paso al frente.

Lo hice, sin dudarle un instante. Había visto lo suficiente de la hermandad y de su obra para confiar a ciegas en aquellos hombres. No necesité una segunda invitación; de todas formas, tampoco me la habrían ofrecido. Por eso acepté, y di ese único paso estipulado. Y así comenzó mi iniciación.

De inmediato, se me acercaron dos miembros del Templo Secreto, uno por cada lado, y me abrieron los brazos en cruz, mientras un tercero me ajustaba una gruesa banda acolchada alrededor de la cintura. Me condujeron hasta una pequeña mesa que habían colocado en el centro de la cripta.

Sobre ella ardía una vela solitaria, y al resplandor de esta vi que la mesa estaba cubierta con un immaculado mantel blanco sobre el que habían dispuesto una serie de objetos: un cuenco plateado lleno de un líquido, una pipa de arcilla blanca de las utilizadas para fumar tabaco, un cáliz, una bandeja de oro con algo que parecían higos secos, un paño negro doblado de una tela que me pareció seda o satén y, por último, una tosca cruz de madera colocada en un pedestal de oro.

Me colocaron frente a la mesa y mis seis iniciadores ocuparon sus puestos al otro lado, frente a mí. Llevaban la cabeza cubierta con capuchas para que yo no pudiera ver sus rostros. No importaba, conocía sus voces como la mía. Aun así, el efecto fue inquietante.

–Buscador, extiende las manos. –La orden me la dio Pemberton, e hice lo que se me ordenaba. El cogió el recipiente de plata y me lo puso en ellas—. Bebe.

Me llevé el recipiente a los labios y tomé un trago de aquel líquido. Era dulce y tenía un leve gusto a hierbas, como a mezcla de rosas y anís; sin embargo, era fuerte. Sentí que me quemaba la garganta al tragarlo. Aparté el recipiente de mis labios y me lo quitaron, pero para volver a ofrecérmelo.

–Buscador, cógelo y bebe.

Volví a beber y sentí un calor extraño que me invadía las entrañas y el estómago. Aparté una vez más el recipiente, y de nuevo se me instó a beber de él. El extraño calor me invadió desde dentro y se expandió desde la boca del estómago hasta mis extremidades.

Después del tercer sorbo de aquella poción tan fuerte me retiraron el recipiente, tras lo cual levantaron la cruz y me la ofrecieron.

–Buscador –dijo De Cardou–, venera la cruz.

La alzaron y la colocaron ante mi rostro para que la besara. Lo hice, y la devolvieron a su lugar. De Cardou cogió la pipa de arcilla y se puso de espaldas. Cuando se volvió, la pipa estaba encendida. Esto había sucedido tan rápido que no me di cuenta siquiera de que había prendido un fósforo.

–Buscador, aspira el Incienso de los Cielos.

Me llevé a los labios la boquilla de la pipa y aspiré. El humo era aromático y me llenó la boca. Lo exhalé y volví a aspirar la maravillosa fragancia. A la tercera aspiración, como habían hecho con el recipiente, me retiraron la pipa y la colocaron sobre la mesa.

Entonces habló Genotti.

–Buscador –dijo, con su delicado acento italiano, levantando la bandeja de oro– coge y come.

Escogí uno de los arrugados objetos oscuros de la bandeja que se me ofrecía. Me lo puse en la boca y lo

mastiqué. La carne era blanda y algo correosa, como la de una fruta seca, pero el sabor era ácido y amargo. Se me llenaron los ojos de lágrimas y se apoderó de mí el deseo de escupir aquella sustancia extraña. Era tan amarga que parecía quemarme y adormecerme la boca. La lengua se me durmió y se convirtió en un montón de tejido inútil, insensible, que, inexplicablemente, parecía hincharse en la boca. Sentí que me ahogaba. No podía respirar.

Jadeando entre arcadas, conseguí de alguna manera masticar aquella cosa espantosa y por fin tragarla. Un nuevo temor me sobrecogió: me obligarían a volver a comer... Pero no, Genotti dejó la bandeja en su lugar y cogió el cáliz. Me lo ofreció sin decir una palabra y lo acepté. Bebí; parecía una especie de cordial. No detecté ningún aroma o sabor concretos, pero al momento la lengua, los dientes, los labios, el paladar y mi garganta comenzaron a latir con una sensación de picazón. No sé si tal efecto se debía a la fruta seca que había ingerido previamente o al cordial, pero el picor no disminuía.

De pronto se apoderó de mí un extraño deseo de reír. Sentí como si en mi interior estuviera gestándose una burbuja que se agrandaba a medida que subía, y yo debía extraerla en una explosión de risa, de lo contrario reventaría. A duras penas logré contenerme para no reír a carcajadas.

–Buscador –dijo Genotti una vez más–, aspira el Incienso de los Cielos.

El humo me calmó y, aunque todavía me picaba la boca, ya no sentía ese loco deseo de reír. Evans fue el siguiente en hablar.

–Buscador, respóndeme: ¿cómo ve un hijo de Dios? –me preguntó, y su acento galés sonó agradable a mis oídos.

–Con los ojos de la fe –respondí.

La pregunta era común a las iniciaciones de cualquier grado.

–Entonces abre los ojos, Buscador, y verás –me ordenó Evans. Cogió el paño de seda negro, rodeó la mesa y lo levantó hasta la altura de mi cara. Rápidamente me vendó los ojos; de esta manera, me llevaron de la mano derecha a otra parte de la cripta y me ordenaron que me tendiera de espaldas sobre el suelo.

Me preparé para cualquier cosa que sobreviniera, y oí un rasgueo sordo, como cuando se pasa muy despacio una tiza por una pizarra. Esto continuó durante un rato y luego sentí un aire frío proveniente del lado izquierdo de mi cara..., como si hubieran abierto una puerta y entrara una ráfaga de aire. Al mismo tiempo, ajustaron unas sogas a ambos lados de la banda acolchada que me habían colocado en la cintura y me sujetaron con ellas firmemente. Los otros miembros estaban a mi alrededor.

De pronto, me agarraron de los pies y me hicieron girar sobre la espalda como una tortuga. Cuando me los soltaron, sentí que no había nada bajo ellos, que mis pies colgaban en el vacío. No me dieron tiempo para pensar en ello, pues casi a la vez me empujaron suavemente hacia delante, dejando que mis pies, tobillos y piernas se deslizaran en el vacío. Me levantaron por los brazos, tiraron de las sogas y sentí que resbalaba hasta caer en un agujero que habían abierto en el suelo.

Lentamente, descendí en el vacío, colgado del extremo de las sogas, como una marioneta.

La cámara a la que me bajaron era inmensa. No puedo decir cómo lo supe, tal vez por el aire helado y el sonido de mi respiración agitada, que rebotaba en unas paredes que no alcanzaba a ver. Tenía los ojos vendados; no distinguía nada. Me bajaron más y más.

Al fin, mis pies volvieron a tocar tierra. Afirmé las piernas bajo el cuerpo y me sostuve de pie. No sabía cuánto había descendido. La voz, que me llegaba directamente desde arriba, sonaba como un lejano eco:

–Buscador –dijo Pemberton–, con los ojos de la fe, te insto a que busques y a que en verdad encuentres.

Al instante las sogas se aflojaron y cayeron a mi lado. Le habían cortado los hilos a la marioneta, por decirlo así, y debía encontrar solo mi camino, debía buscar. Pero ¿qué estaba buscando? ¿Qué debía encontrar? Ninguna de mis experiencias anteriores en la hermandad me había preparado para esa prueba. Debía triunfar o fracasar por mí mismo.

«Como soy un buscador –razoné–, haré lo que se me dice. Aunque el objeto de mi búsqueda sigue siendo un misterio, tendré la fe suficiente para creer que podré reconocerlo cuando lo encuentre».

Entonces, resuelto, di mis primeros pasos vacilantes en la cueva, pues eso creía que era, una inmensa caverna subterránea, una vasta cavidad en lo más profundo de la tierra. Di tres pasos en la inmensa oscuridad y me detuve. Ya no me sostenía sobre mis pies. Sentí la cabeza ligera, como si flotara.

No obstante, aspiré hondo y continué.

Me giré despacio, primero a la izquierda, luego a la derecha. Me pareció sentir una corriente de aire, casi imperceptible, en la mejilla derecha, de manera que decidí seguir la búsqueda en esa dirección. Era una intuición, nada más, pero fui recompensado, pues, al recorrer unos doce pasos, llegué a un escalón.

Me agaché y tanteé con las manos los bordes del pedáneo: había otros que ascendían. Subí tres, luego tres más, luego otro, y llegué a una plataforma que supuse excavada en la pared de la caverna.

Pronuncié una palabra y me di cuenta, por el eco, de que había entrado en un recinto más pequeño, una especie de vestíbulo. Con las manos extendidas al frente, como un ciego –en realidad no veía nada, con los ojos vendados–, avancé arrastrando los pies para explorar el lugar al que había llegado.

La cabeza me daba vueltas. Lo que sentía dejó de ser un mareo y pasó a ser un simple vahído. Mis sentidos seguían aguzados. Tenía la impresión de que resplandecía en la tiniebla, como si lanzara destellos. Mis oídos estaban en perfectas condiciones, pero no había nada que oír, salvo mi respiración. Puesto que no me habían indicado lo contrario, decidí quitarme la venda de los ojos.

Como suponía, no había luz. La oscuridad subterránea era completa. Me envolvía como una segunda piel, tan cercana que era parte de mí. Aunque seguía sin ver nada, mis sentidos estaban alerta, a la espera. O, más probablemente, las extrañas sustancias que había ingerido habían comenzado a actuar en mí de alguna manera. Me sentí volar.

Seguí con la inspección. Descubrí que las paredes del vestíbulo eran cóncavas y lisas, que, como pensaba, aquella estancia había sido excavada en la misma roca de la cueva. Nada impedía mis movimientos, y eché a andar siguiendo lo que me pareció que era la pared del fondo del vestíbulo, tanteando con las manos. Y entonces...

Rocé con los dedos el borde de una abertura. Sentí el canto curvado de una repisa y rápidamente recorrí el hueco en la pared con las manos. Era un nicho, más ancho que alto, y con una repisa estrecha. Me apoyé en ella. No, no era profundo. Palpé el fondo y comencé a pasar los dedos por la repisa.

Con las yemas toqué algo frío y duro.

El objeto había sido puesto en el nicho expresamente. Es más, supuse que el nicho y la repisa habían sido especialmente tallados para albergarlo. ¿Sería aquello lo que debía encontrar?

Seguí tanteando el desconocido objeto. Era largo y delgado, tan duro y frío que solo podía ser de metal. Lo cogí y, con cuidado, lo saqué de su lugar. Lo sostuve en las palmas de las manos para calcular su peso. Deduje que era de bronce o hierro y, a juzgar por su longitud y